

EL PERFUME DE PASCUA

(Mt 26,1-16)

¿Cuál es el hecho más importante narrado en todo el evangelio? Si tuviéramos que anunciar la Buena Noticia de Jesús, ¿cuál episodio de su vida, o cuál de sus enseñanzas tendríamos que poner en el primer lugar?

Cualquiera de nosotros en esa tesitura probablemente elegiría uno de los casos más llamativos, como pueden ser la resurrección de Lázaro o la multiplicación de los panes y los peces, la pesca milagrosa o la tempestad calmada. Signos todos ellos que manifiestan la potencia inaudita de Dios, gestos que solo un ser divino puede llevar a cabo, y que los hombres pueden solo admirar.

Éste es el criterio de los hombres, sin embargo no es el modo de ver las cosas del Señor. Dios es Amor, y se manifiesta y puede ser comprendido solo a través de gestos de amor y no de poder. El poder oculta a Dios, el amor lo manifiesta. El poder ha menester de mostrar señales extraordinarias, el amor se manifiesta en lo ordinario, en el día a día, en las cosas normales y corrientes que no atraen la atención.

La respuesta a la cuestión que nos formulábamos más arriba la da el mismo Jesús (Mt 26,13): con una enseñanza desconcertante, porque tiene como protagonista a una mujer, por aquél entonces el ser humano considerado más distante de Dios, Jesús nos indica el episodio que ha de ser anunciado a todo el mundo.

En una religión caracterizada por una impronta fuertemente masculina, las mujeres eran marginadas y permanecían lejos de la esfera de lo sagrado. El flujo de sangre menstrual no solo las hacía nauseabundas cíclicamente, sino también causa de impureza para todo lo que tocaban o entraban en contacto, fueran cosas o personas (Lv 15,19-30).

Con Jesús se abre una nueva era, en la que las diversidades sexuales no son fuente de marginación, y las diferencias entre los seres humanos no suponen obstáculo alguno a la relación con el Señor, para quien ya “no hay judíos ni griegos, ni esclavos ni libres, ni hombre ni mujer”, porque todos son “uno en Cristo Jesús” (Gal 3,28).

Para Jesús, hombres y mujeres están al mismo nivel, y su comportamiento hacia ambos es idéntico. Él ama a Lázaro, y otro tanto a sus hermanas Marta y María (Jn 11,5); acoge a los hombres que desean seguirle, pero entre sus discípulos también encontramos mujeres (Lc 8,1), habla con los hombres, pero del mismo modo lo hace con las mujeres, contraviniendo así los dictámenes de la moral y de la tradición (Jn 4,27).

Ahora bien, aunque el comportamiento de Jesús en relación a hombres y mujeres sea el mismo, sin ninguna preferencia o privilegio, no sucede así con la respuesta de estos. Mientras los personajes masculinos de los evangelios son presentados con connotaciones negativas, los femeninos son casi todos positivos, tanto que será precisamente el gesto realizado por una mujer el que Jesús pedirá que sea anunciado al mundo entero.

Acción sacerdotal

Jesús ha anunciado que el final de su vida es inminente, un final escasamente glorioso, infame más bien, como es ser clavado en una cruz, la muerte reservada a los malditos (Dt 27,26; Gal 3,13).

En una sesión extraordinaria del sanedrín, máximo órgano jurídico de Israel, los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo, convocados por Caifás, han decidido no esperar más y eliminar a Jesús. Que sea el hijo de Dios a ellos no les interesa. Su dios es otro: el interés, el provecho, la conveniencia, el dinero (Mt 6,24).

Las autoridades religiosas ya han tomado una medida. Al anuncio de la llegada del reino de Dios, proclamado primero por el Bautista y por Jesús después, los dirigentes religiosos no responden con su conversión, sino con la violencia. Ellos no quieren ser gobernados por Dios, sino dominar al pueblo en Su nombre.

Por esto les resulta urgente asesinar a Jesús, un peligro constante para la institución religiosa. Por consiguiente, mentirosos y asesinos como su padre, el diablo (Jn 8,44), deciden “capturar a Jesús con engaño y acabar con él” (Mt 26,4).

Jesús y los suyos, por el momento, se hallan ocultos en casa de un leproso, un lugar inmundo que es el último rincón al que irían para prenderlo. Y es aquí cuando Jesús anuncia a los suyos que llega la hora final para él.

La primera que responde es una mujer. Es un personaje anónimo, y no ha de ser confundida ni con la pecadora de Lucas (Lc 7,36-50), ni con María, la hermana de Lázaro (Jn 12,1-8). El evangelista la califica simplemente como mujer, término que en griego (*gyné*) significa asimismo esposa.

La respuesta de la discípula a la muerte inminente de su maestro constituye una acción de alto valor simbólico: ella se acerca a Jesús llevando “un frasco de alabastro de perfume muy costoso” (Mt 26,7). En el Cantar de los Cantares, el perfume es signo del amor de la esposa hacia su esposo el rey (“Mientras el rey se halla en su diván, mi nardo exhala su fragancia. Mi amado es para mí una bolsita de mirra...”, Ct 1,12-13). El perfume de la mujer es definido como muy valioso, señal del gran amor que es ofrecido.

Derramando su perfume, la discípula-esposa no solo reconoce a Cristo como esposo y como rey, un rey cuya realeza se pondrá de manifiesto en su muerte en cruz (“Éste es Jesús, el rey de los Judíos”, Mt 27,37), sino que demuestra su fe en la resurrección que Jesús anunció hasta en tres ocasiones (Mt 16,21; 17,22; 20,18): el perfume, signo de vida, anula los efectos (hedor) de la muerte (“Al derramar este perfume sobre mi cuerpo, lo ha hecho en vista a mi sepultura”, Mt 26,12).

El evangelista, resaltando la acción de la mujer, especifica que derramó el perfume “sobre la cabeza” de Jesús, cumpliendo de ese modo el mismo gesto de los sacerdotes o de los profetas en la ceremonia de consagración del rey (1 Re 1,39; 2 Re 9,1-3). En la acción de la mujer, Mateo descubre la función profético-sacerdotal, que era privilegio exclusivo de los varones.

¿Y los otros discípulos?

Mientras que la mujer ha dado su adhesión incondicional a Jesús, asociándose a su destino, ellos no tienen la menor intención de seguir sus pasos, es más, protestan vivamente expresando su indignación: “¿A qué viene este despilfarro?” (Mt 26,8). Y para dar mayor fuerza a su protesta, de repente se acuerdan ahora de los pobres (“se podía vender a un precio alto y dárselo a los pobres”, Mt 26,8).

Precisamente ellos, que nunca se habían mostrado solidarios hacia los necesitados, que, por el contrario, se habían mostrado reticentes a la hora de compartir su pan con los hambrientos (Mt 14,15-17), que querían quitar de en medio a la mujer cananea (Mt 15,23) y alejar a los niños de Jesús (Mt 19,13), ahora se acuerdan de los pobres. Los discípulos, pese a la proclamación de las bienaventuranzas, han permanecido anclados en la idea de la limosna, no han acogido la invitación que Jesús les hace a compartir sus bienes (Mt 5,3).

Para ellos, los pobres son sujetos ajenos a los cuales es preciso donar algo. Ellos no han comprendido que para Jesús, en cambio, son hermanos a quienes tienen que entregar su propia persona, porque mientras la limosna supone la existencia de un benefactor y un beneficiado, solo el compartir fraterno puede generar relaciones entre hermanos.

No comprendiendo el don generoso de la mujer, los discípulos no podrán entender el sentido del don de Jesús y tampoco su muerte; de hecho, piensan que derramar el perfume sea un despilfarro. Para ellos, la muerte de su maestro es solo un fracaso. No han entendido las palabras de Jesús: que quien entrega su vida no la pierde sino que la realiza de forma plena (Mt 16,25).

Por esto, en el momento de la captura de Jesús, todos lo abandonarán y huirán despavoridos, aterrorizados ante la perspectiva de acabar como el maestro (Mt 26,56): junto a la cruz de Jesús no habrá ningún discípulo, solo “muchas mujeres”, aquellas que lo habían seguido fielmente desde Galilea. Y serán ellas las que asuman el deber de anunciar a los discípulos que su maestro ha resucitado (Mt 28,10).

Este es el mensaje que Jesús pide sea proclamado al mundo entero: la vida es más fuerte que la muerte, porque la luz es más potente que las tinieblas, y la verdad prevalecerá siempre sobre la mentira.

Y estos mismos son los augurios que nuestro Centro de Estudios Bíblicos dirige a todos aquellos que siguen este portal, colaboran con él y lo enriquecen con sus aportaciones preciosas. Deseamos para todos vosotros una ¡BUENA PASCUA DE RESURRECCION!

Alberto Maggi